

honor y de obstinacion, le mandaba este amenazador *ultimatum!*

El baron no se intimidaba tan fácilmente.

Sabía que no se encontraban asesinos entre las gentes que rodeaban á la señorita de Roye y al general de Treville.

Pero podian tenerle encerrado mucho tiempo en aquella situacion ridicula, en medio de sus tan embrollados asuntos, y estando, como estaba ademas Juana, en peligro, necesitaba estar libre.

¡Y ya era el segundo dia de su cautiverio.

Llegó de nuevo la noche.

Le pareció de una duracion interminable y la pasó muy agitado.

Llegó la mañana y con ella Gregorio Jeanin.

El guardian del faro le pasó una botella de agua y le preguntó simplemente:

—¿No teneis nada qué decir?

El baron hizo un esfuerzo, y con voz muy tranquila respondió:

—Nada.

Cuando estuvo de nuevo solo, bebió la mitad de aquella agua para apagar la sed que le producía la fiebre y descansó un instante.

Pero pronto se renovaron sus torturas.

Tendido en el colchon, agobiado de fatiga y de necesidad, con la cabeza llena de confusas imágenes, cayó en un estado de postracion próximo al aniquilamiento.

---



---

## VI

### Jaula vacía.

Al entrar en su casa, despues de la entrevista con Roberto y el conde de Beaulieu, la señorita de Roye sentia una extraordinaria emocion.

La muda desesperacion de Roberto, le probaba una vez más la grandeza de su amor.

Era preciso escoger entre aquellos dos seres. Se preguntaba á cual de ellos debía sacrificar.

Desde hacia mucho tiempo sentia la contestacion en su alma.

Pero casi se censuraba á sí misma por preferir aquella criatura desconocida, indigna tal vez de tanto afecto y de tantas penas, al amigo de su infancia, á aquel hombre de honor que desde hacia muchos años guardaba en el fondo de su corazon un amor que no era para él más que origen de pesadumbres y de penas.

Por un instante, su odio contra Santiago de Brandes, aquella aversion calmada por el tiempo, se despertó tan violenta, tan exaltada como antes.

No hay ternura comparable á la de las madres.

La de Germana triunfó de todo.  
Escribió, suspirando, al autor de sus miserias.  
Más de una lágrima cayó de sus ojos antes de decidirse á hacerlo.

Por fin, trazó estas líneas que consagraban su derrota:

«Santiago:

»Lo que exigis es la desgracia de mi vida.

»No debo engañaros; amo á Roberto.

»Amo tambien á mi hija, á esa desgraciada criatura, inocente de los crímenes de su padre; ¡crímenes contra el honor y contra mí!

»Entre esos dos amores mi corazón no vacila.

»He ido á ver al señor de Beaulieu.

»¡Se lo he confesado todo! Le he rogado que me devuelva mi libertad.

»Me ama con un amor constante y decidido hasta el sacrificio; ha consentido y esta es la mayor prueba que podia darme de su ternura.

»Hago un último llamamiento á vuestro corazón.

»No creais que os he condenado exaltada por la injusticia de las desgracias por que he sido tan cruelmente perseguida y cuyo dolor extra-  
vía el juicio.

»Concebi contra vos en un principio una irritacion y un odio que explica lo que me habeis hecho sufrir, pero uno y otro se atenuaron pronto.

»Y sin embargo, ¡cuántas penas os debo!

»Entré en la vida con todo lo que puede hacerla envidiable.

»¡En lugar de esa existencia con que yo contaba, he pasado por angustias de las cuales vos mismo no teneis tal vez idea!

»Mi honor, mi dignidad de mujer, han estado comprometidos, perdidos.

»El amigo de la infancia con quien debia casarme, me ha supuesto infame, vil, embustera...

»Su padre, ese hombre á quien vos podreis

detestar, pero que es tan recto y tan digno de estimacion, me ha despreciado por una falta que yo no he cometido.

»Habeis causado la desesperacion de dos familias que no tenian para vos más que sentimientos de amistad.

»¡Todavía no os he hablado más que de la joven y de la mujer!

»Si os hablo de la madre, no sé cómo expresar los dolores, las penas y los terrores por los cuales la habeis hecho pasar.

»¡Cuántas veces me ha ocurrido la idea de recurrir al suicidio para librarme de ellos!

»Si he resistido á esta tentacion ha sido sostenida por la ternura de este venerable anciano, tan cariñoso para conmigo, que lo ha sacrificado todo, sus gustos, sus costumbres, su reposo, para consagrarme sus últimos dias. Guardaba tambien una fé misteriosa en el porvenir, y la esperanza de que al fin sentiriais remordimientos por vuestras crueldades y seriais compasivo.

»Me he engañado.

»¡Seguis inflexible como el primer dia!

»¡Ya no tengo valor y me rindo!

»Seré vuestra esposa, puesto que así lo exigis.

»Es decir, consiento en llevar vuestro apellido, en daros mi fortuna, en devolveros, gracias á ella, el rango de nuestro comun abuelo.

»Esto es, yo así lo creo, todo lo que vos quereis obtener de vuestra victima.

»Mi sacrificio no podria ir más allá.

»Sois, pues el dueño de mi destino.

»En vuestras manos está.

»Tal vez tengais algun rasgo de generosidad y comprendais que son miserables cadenas las que quereis unir.

»Pero yo quiero mi hija.

»¡Devolvedmela, y si es preciso, que se lleve á cabo ese odioso trato!

»Si me la hubiéseis devuelto sin imponerme

condiciones, a pesar de todas las lágrimas que me habeis arrancado, os hubiera bendecido.

»¡Mi corazón no ha nacido para el odio.

GERMANA.»

Permaneció largo tiempo pensativa.  
Daban las diez cuando puso el sobre.

«SEÑOR BARON DE BRANDES

*Calle de Jacob. 20*

PARIS.»

Dejó la carta sobre el escritorio.  
No urgía su expedición.  
¿No debía estar el baron ausente dos ó tres días?

La carta no salió hasta la mañana siguiente.  
La señorita de Roye pasó todo el día en el más profundo abatimiento.

No podía recibir contestación hasta cuarenta y ocho horas despues.

¡Con que lentitud pasaba el tiempo!

¡Como hubiera querido ella poder acudir al lado de su hija!

Pero era preciso esperar.

No fué la contestación del baron la que llegó a los Essarts.

Fué una carta del capitán Perros.

El Breton escribía:

«Señorita:

»¡Tenemos encerrado a nuestro hombre! No temais que se nos escape. Se le ha depositado en lugar seguro.

»Espero vuestras órdenes.

»¿Le dejamos incomunicado hasta que se decide a hablar? El hambre doblaga a las naturalezas más rebeldes.

»¿Le embarcamos y le paseamos de un extremo al otro del Océano, bien custodiado?

»Tengo un excelente barco a mi disposición.

»Espero contestación, pero no urge. Imagino una pequeña tortura que dará buena cuenta de su testarudez.

»Vuestro servidor.

»PERROS.»

Al leer esta carta, Germana dejó caer los brazos bajo la impresión de la más viva contrariedad.

Creía estar segura de que no se obtendría nada por la violencia; que, por el contrario, no se haría más que exasperar al baron y hacerle más intratable.

Para decirlo todo en dos palabras, no despreciaba a su primo, le temía.

El capitán esperaba obligar por hambre a Santiago de Brandes.

Segun Germana, esto era una ilusión.

Santiago de Brandes permanecería inflexible hasta la muerte.

Además, era demasiado tarde.

Había contraído un compromiso con su carta y no era mujer que faltara a sus palabras.

¡Y su hija, que se moría tal vez!

Cada minuto de espera le parecía una eternidad. Era preciso concluir.

Llamó precipitadamente a Ursula.

—Partamos—la dijo.

—¿Acompaño a la señorita?

—Si, vienes conmigo. Apresúrate, pronto. No necesitamos nada.

—¿Volverá la señorita a los Essarts?

—Lo ignoro.

El trayecto la pareció de una interminable longitud. Hasta la mañana siguiente no se detuvo el tren en la estación de Cherbourg.

Germana se metió en el primer carruaje que encontró y se hizo conducir a Roville.

El capitán Perros había establecido su cuartel general en casa de Genoveva, so pretexto de

estar más libre; pero en realidad lo había hecho para vigilar más de cerca al enemigo.

La señorita de Roye fué en su busca.

Cuando llegó Germana, el Breton, de codos en la ventana, fumaba su pipa, y de cuando en cuando lanzaba una mirada inquieta al faro de Roville.

El prisionero principiaba á causarle serias inquietudes.

El baron debía sufrir dolores muy violentos. Desde hacia cuatro dias no había tomado nada.

Apenas si algun vaso de agua para calmar la fiebre.

Y no dejaba escapar ninguna queja ni hablaba de capitular.

¿Es que verdaderamente seria de un temple tan resistente?

Nazario Perros sentia sacudidas de nervios y una fria cólera le dominaba. Se decia que, en el fondo, no seria tan mala accion como pudiera creerse, la de someter á Santiago de Brandes á todas las antiguas torturas de la inquisicion para obligarle á hablar y en el caso de una negativa final arrojarle al agua con una bala á los piés, á fin de evitar el sacrificio de Germana que se hacia acaso inevitable.

No era necesaria una gran imaginacion, para comprender que la desgraciada mujer llegaria á ese estado de aniquilamiento en que se está á merced del enemigo, dispuesto á aceptar todas sus condiciones, aun las más deshonrosas.

Y francamente, no se podia pedir más valor á la señorita de Roye, que el que había demostrado.

Perros se proponia tener una entrevista con Santiago de Brandes, una de esas conferencias en las cuales se arregla definitivamente un asunto, y no respondia de su sangre fria.

El pequeño *steamer* de su amigo John Clarkson, estaba aún en el puerto de Cherbourg.

No era difícil embarcar á un hombre de fuerza á bordo de aquel hermoso navio, y ¡caram-

ba! un accidente en el mar ocurre con facilidad.

El honrado Breton llegaba hasta admitir como buenas las ideas más feroces.

La tenacidad del baron estraviaba la suya.

Así es que, cuando vió llegar el coche que conducia á la señorita de Roye á *La tumba de las langostas*, y que descendia de él, experimentó una súbita opresion en el corazon.

¿Qué iba á hacer allí?

¿A desautorizarle y someterse?

Esta suprema tentativa no hubiera dado mejor resultado que las otras.

¿Qué iria á decirle?

El marino, consternado, retorcia su rudo bigote entre los dedos cuando entró Germana.

—¿Qué hay?— le preguntó alargandole la mano.

—¡Ay de mí! nada decisivo; pero podrá haberlo.

—¿No habeis conseguido nada?

—Hasta ahora, no.

—Lo mismo sucederá en lo sucesivo.

—Tal vez...

—Mi pobre Perros,—repuso la señorita de Roye,—creed que vuestros esfuerzos me conmueven. Mi tio y vos sois acreedores á todo mi afecto, sabéis que disponeis de él sin reservas. Pero unos y otros nos estrellamos contra un imposible. ¡Seria tanto como intentar ablandar una roca con súplicas ó con amenazas, el proponerse conseguir nada del baron sin acceder á sus deseos!

—¿Qué quereis hacer? ¿es que podeis rendiros?... ¿Llegar á ser la mujer de vuestro verdugo? Todo ántes que esa humillacion.

—¡Yo no sé nada, amigo mio; yo no quiero saber nada; solo sé que mi hija se muere en una cama de un hospital, y que es preciso que yo la vea, que la recobre!

—¡Vuestra hija... moribunda!... ¿Quién os lo ha dicho?

—El.

—¿Cuándo?

—Después de que os marchasteis. He recibido esta carta hace tres días... Leed.

—¿Y entonces?—preguntó el capitán aterrado.

—Entonces vi á los señores de Beaulieu. Roberto lo sabe todo. No se opondrá á un divorcio, puesto que la ley me deja ese refugio.

—¿De modo que aceptais?

—Todo.

El capitán Perros, con los dientes oprimidos, lanzó uno de esos suspiros que nos ahogarian si se les contuviera.

—Teneis razón. ¡Soy cobarde, pero qué importa lo demás—exclamó Germana.— Quiero salvarla sobre todo. Hay angustias á las cuales puede resistir el orgullo de un hombre. ¡Ah, el orgullo!... Le he escuchado demasiado... El mío ha muerto. ¡Es preciso que yo lo sepa! Conozco á Santiago. Se conformará con mi palabra, seguro de que la cumpliré con la muerte en el alma. Conducidme á donde está.

¡Confesar su derrota!

Aquello era terrible para el orgullo del Breton, que lo tenía muy grande.

Pero en el rostro de Germana se veía un dolor tan intenso, que Perros se resignó.

Se acercó á la ventana y llamó:

—¡Triquet!

—Señor.

—¡El coche de la señorita!

Y volviéndose hacia ella la dijo lanzando un nuevo suspiro:

—¡Vamos!

Eran las nueve y media de la mañana cuando el coche se encontraba frente á los faros de Roville.

El capitán Perros guiaba á Germana por entre las lagunas y las rocas de la orilla del mar.

Mientras que Triquet iba por las llaves del viejo faro á casa de Jeannin, el Breton intentó un último esfuerzo.

—¿Estais completamente decidida?—preguntó.

Germana inclinó la cabeza.

La marea estaba baja.

Germana y su guía pudieron llegar á pies enjutos, pasando de una en otra roca, hasta al pie del viejo faro.

Triquet no tardó en aparecer.

En cuanto el capitán Perros le vió, conoció por la confusión de su criado que pasaba algo extraordinario.

Después de haber empleado algunos segundos en serenarse, el pobre diablo se explicó, temblando como el perro que espera un castigo.

El guardian del faro se había ausentado desde por la mañana. Estaba en Roville, en casa de su hermano el administrador. Su mujer, una buena aldeana, había buscado las llaves y no las encontraba. Sin embargo, era fácil verlas, porque estaban siempre colgadas en un enorme clavo en la campana de la chimenea.

Tal vez se las habría llevado Gregorio Jeannin consigo... para mayor seguridad.

El capitán Perros frunció las cejas, y cogiendo á Triquet por el cuello de la chaqueta, mirándole de frente y clavando su mirada en los ojos de aquél, le dijo:

—¡Nos has engañado ya una vez y hoy!...

Triquet se apresuró á decir con acento sincero:

—¡No, yo no, os lo juro!

Perros le dejó y se dirigió con paso rápido hasta la puerta baja del faro.

Estaba abierta.

Se lanzó por la escalera en espiral y llegó al calabozo del barón.

Germana le seguía.

La puerta estaba abierta como la de abajo.

La grosera y pesada llave estaba todavía en la cerradura.

No había quedado huella alguna del prisionero.

El pájaro había volado.

—¿No sabes nada?—preguntó el capitán Perros á su criado.

—Nada, señor.

Y con una admiración que no podía disimular, añadió Triquet:

—Ese hombre es el diablo, señor. Vale más ser su amigo que su enemigo. En esto hay alguna mano de mujer.

Triquet no se engañaba.

La mano era la de Genoveva.

Genoveva adoraba al barón de Brandes.

La tarde de la comida del inglés había preparado, como sabemos, para el dueño de la Honguette la mejor habitación de su casa.

Pero aquella habitación la había tomado el capitán Perros.

El capitán explicaba la ausencia del barón de una manera muy natural.

Había tenido que partir repentinamente para Cherbourg, á fin de procurarse los documentos indispensables para cerrar su trato con *mister* John Clarkson, y tal vez no volvería á Barfleur si el asunto no se ultimaba.

Genoveva desconfiaba.

La desaparición del barón había ocurrido mientras ella comía en la cocina con Jeannin y los criados del armador.

Triquet era también de la partida.

Triquet no brillaba por su listeza y Genoveva era mujer.

La interesaba prodigiosamente todo lo que se refería á Santiago de Brandes.

Y la parecía imposible que el barón, por preocupado que estuviese, hubiera abandonado su casa sin haber dado señales de vida.

Sorprendió sonrisas burlonas, cambiadas entre los servidores del inglés, que parecían contarse algo extraordinario, en un lenguaje del cual no comprendía más que algunas palabras por la frecuencia con que las había oído.

Genoveva conocía la historia del duelo de Santiago de Braudes, con el prometido de la

señorita de Roye y las disensiones que existían entre la rica heredera y su primo.

Por último, había sorprendido en aquellos días conciliabulos entre el Jeannin de Roville y el del faro.

A fuerza de reflexiones y de estudios hechos sin despertar la atención del capitán Perros, que seguía viviendo en su casa, consiguió adivinar una parte del secreto.

Una visita de Gregorio Jeannin, que fué una noche á buscar al Breton, la suministró la clave de aquella pequeña conspiración de familia.

Un rayo de luz iluminó su imaginación y la reveló lo que intentaba saber, esto es, que tenían alguna concesión que arrancar al barón, que había sido cogido en las redes y encerrado en alguna parte, acerca de lo cual guardaban el más profundo secreto.

Aquel sitio no la costaría á ella gran trabajo descubrirlo.

Criada en la Honguette, había tenido siempre ante la vista aquella vieja torre aislada, construida en el mar y que parecía haber sido construida á propósito para servir de prisión.

No la costaría trabajo asegurarse de ello.

La astuta aldeana acechó la ocasión, que no tardó en presentarse.

La mañana del mismo día en que Germana debía llegar á *La Tumba de las langostas*, Genoveva, siempre á la expectativa, vió pasar á Gregorio Jeannin, que iba á Roville á casa de su hermano.

El guarda del faro le habló un momento al pasar.

Supo que no volvería á su casa antes de mediodía.

Sin decir una palabra á nadie corrió al faro.

Oculto en un accidente del terreno, vió á la mujer del guarda que salía de su casa y se iba á alguna distancia, á un cercado que la servía de jardín.

Por librar á su amigo Santiago de Brandes,

hubiera hecho frente Genoveva á un puesto de aduaneros ó á una brigada de gendarmes.

No tenia necesidad de tanto heroismo.

La bastaba deslizarse diestramente en la casa de Gregorio Jeannin, que no estaba cerrada, y apoderarse de las llaves del faro viejo.

Esto fué lo que hizo.

En posesion del precioso llavero, cuya autenticidad estaba garantida por una etiqueta de pergamino, la jóven, con la alegría en el alma, descendió á la playa y llegó al faro.

Su corazon palpitaba.

Introdujo la llave en la enorme cerradura y gritó:

—¡Señor baron!

Nadie respondió.

Subió las escaleras con precaucion.

Llegó por fin adonde estaba Santiago.

Se detuvo ante la puerta de encina.

Era el último piso.

Entonces llamó.

Preguntaron desde dentro:

—¡Quién está ahí?

Todo su ser se conmovió de alegría.

Habia reconocido la voz de Santiago de Brandes.

—Yo—dijo temblando de placer,—yo, Genoveva.

Y con viveza abrió la puerta que les separaba.

No tuvo necesidad de explicarse.

El baron lo comprendió todo.

La atrajo hacia sí y la estrechó entre sus brazos.

Se creyó con esto más que pagada por sus servicios.

—¡Pobre Genoveva!—murmuró el baron.—¡Pensabas en mí!

—¡Venid pronto, huyamos!—dijo ella.

No preguntó nada al baron acerca de las causas de la lucha que sostenian.

—¡Cuánto habeis debido sufrir!—le dijo con dulzura.

—¡Es verdad; pero todo ha concluido, gracias á tí!

Santiago de Brandes habia cambiado poco.

Las privaciones de aquellos dias de hambre, apenas si habian disminuido sus fuerzas, tan enérgica era la resistencia de aquella robusta constitucion.

Una vez en la playa, volvió á abrazar otra vez á Genoveva, dándola un estrecho abrazo lleno de pasion.

—Eres una buena muchacha—la dijo—y á tí es á quien debería amar. Pero la vida tiene sus caprichos. Adios, Genoveva mia.

No debian volverse á ver.

Tres cuartos de hora despues, la aldeana, muy pensativa, estaba de vuelta en su casa.

Nadie sospechó su expedicion.

Solo Triquet tuvo sus dudas; ¿pero para qué manifestarlas?

Que Genoveva tuviese una debilidad por Santiago de Brandes, no era para admirarle á él, cuyo afecto fluctuaba entre sus nuevos amos, el capitan Perros, el general de Treville y el pobre baron, á quien hubiera querido servir con el mismo celo.

Triquet pensaba en sí mismo viendo los efectos de las divisiones de aquella familia, en la cual tenia, de una y otra parte, sus simpatías.

¡Que no se entiendan!

El baron se dirigió hácia Cherbourg á través de los campos.

Ahora ya no temia nada.

Estaba prevenido y no se irritaba por la mala pasada que el capitan Perros, ó la señorita de Roye, le habian jugado.

Le parecia de buena lid.

Pero respiraba á pleno pulmon el aire libre de que se habia visto privado desde que le metieron en el faro.

El cansancio se hizo sentir cerca de Maupertus.

Estaba casi á la mitad del camino.

Se le doblaban las piernas y millares de estrellas pasaron ante sus ojos.

Entró en una posada y se hizo servir un frugal almuerzo, despues del cual continuó su camino.

A las cuatro llegó á Cherbourg; se fué directamente á la estacion y salió para París en el primer tren que pasó.

—Ahora nos veremos—pensaba.—Llegó la hora del desquite.

Agobiado por sus tres dias de ayuno y de insomnio, se tendió en una banqueta y, mecido por la trepidacion del coche, se durmió profundamente para no hacer más que un sueño durante el viaje.

Cuando se despertó, se detenía el tren bajo una bóveda de cristales, el dia comenzaba á apuntar y un empleado gritaba:

—¡París!

## VII

En que la casualidad se presenta bajo la figura de un viejo aldeano

El capitan Perros entró en *La Tumba de las Langostas* en un estado de contrariedad que no se manifestaba más que por su silencio.

No encontró una palabra de esperanza para tranquilizar á la señorita de Roye.

Decididamente, la suerte se ponía en contra de ellos.

Germana queria volver á París sin dilacion.

La señorita de Roye, menos sorprendida de la evasion del baron que el capitan Perros, se habia sentado en un banco, enfrente del emparado de la posada, y meditaba.

El Breton, muy pensativo, no turbaba sus meditaciones, cuando un anciano, con traje de aldeano acomodado de los alrededores, se detuvo ante ellos y preguntó:

—¡Sois de París?

El capitan le miró, bastante admirado de la pregunta.

El buen hombre tendria unos setenta años.

En sus acentuadas facciones, su nariz aplastada, su colorado rostro, sus ásperos cabellos



grises, su ancho busto y sus cortas piernas, era fácil reconocer al antiguo arrendatario de Landemer, el mayor de los Roguet.

A pesar de los trece años trascurridos desde el día en que con tanto furor arrojó de su casa a Magdalena y a sus dos pequeñas, su fisonomía no había variado en nada.

—Sí, señor—dijo el Breton.

—Vos podreis tal vez informarme.

—¿De qué?

El aldeano sacó del bolsillo un periódico, de fecha ya atrasada, que había ido a parar, en lamentable estado, a Landemer, y se lo presentó al capitán, que lo rechazó con suavidad.

Genoveva, que estaba a la puerta de su casa, atravesó la carretera y se acercó a ellos.

—¿Sois vos, tío Roguet?—le dijo.

—Sí, yo soy.

—¿Qué es eso?

—Un periódico que el maestro me ha enviado hace un momento.

—¿Y qué dice vuestro periódico?—preguntó Genoveva muy complaciente.

El aldeano puso un dedo en un sitio del periódico que estaba marcado con lápiz, y dijo:

—Leed.

El capitán Perros y Germana principiaban a interesarse en aquella escena, que en un principio miraban con indiferencia.

El aldeano parecía muy excitado.

Genoveva se apoderó del periódico y leyó en alta voz lo que sigue:

«Dimos cuenta, hace pocos días, del singular atentado de la Avenida del Observatorio. Ese asesinato, cuyas causas permanecen en el misterio y que prueba una vez más, a qué terribles consecuencias conduce la detestable costumbre que tienen algunas gentes de servirse del cuchillo para ventilar hasta las más triviales cuestiones.

»El autor de ese acto de salvaje ferocidad,

cuyo móvil han debido ser los celos, acaba de hacerse justicia.»

Seguía una conmovedora y dramática relación del fin de Servoz en las montañas de su país.

El artículo terminaba con estos informes:

«Nos hemos informado con frecuencia del estado de la simpática víctima que se encuentra en el hospital Cochin.

»Juana Aubin, parece fuera de peligro y nuestro eminente cirujano T. Anger, responde de su vida.

»Hemos tenido el honor de verla y podemos decir que su gran belleza explica la feroz pasión que había inspirado y cuyo desenlace ha sido tan trágico.

Al oír la palabra Hospital, un involuntario temblor se apoderó de Germana.

¿No le había dicho Santiago de Brandes que su hija estaba en una de esas tristes y caritativas casas, sufriendo?

Pero Germana se resistía a esta idea.

¿En qué podía fundarse para creer que lo que acababa de oír leer pudiera referirse a su hija? ¿Qué relación podría haber entre ella y Juana Aubin?

—¿Juana Aubin?—dijo Genoveva tratando de reunir sus recuerdos.

—¡Eh!—dijo el tío Roguet—ya sabeis que mi sobrina Magdalena Roguet—el pobre hombre se enterneció,—mi pobre sobrina, aquella desgraciada que se casó con el pescador, se llamaba Aubin, despues de su matrimonio de miseria.

—Justo.

—Y que tenía dos hijas—¡dos!—una que era la suya y otra que había venido de París, ó de otra parte, no se sabe de dónde.

La atención de Germana aumentaba y también su emoción.

—Sí...—dijo Genoveva procurando recordar. El aldeano continuó:

La mayor tendría ahora veinte años; esa es mi sobrina. ¡Se llamaba Colette Aubin! ¡Cuando pienso que hubo un tiempo en que ni aun quise saber su nombre y que ahora me ha sido preciso ir á la alcaldía para informarme!...

El aldeano se dió un puñetazo en el pecho y se apostrofó á sí mismo.

—¡Viejo monstruo!

Y dirigiéndose á Germana y al capitán Perros, añadió:

—¡Tal vez no me creais, pero desde que eché de mi casa á esas pequeñas con su madre, porque Magdalena me habia desobedecido casándose con el pescador contra mi voluntad, no he tenido un momento de reposo. Me parece que las veo siempre en el camino, á las tres, cogidas de la mano; mi Magdalena tan buena y tan honrada, y las niñas una rubia y la otra morena, dos ángeles! Dicen en el país que tengo la cabeza extraviada... Eso no es verdad. La tengo muy firme. El sentimiento es el que me atormenta. Soy rico... ¡Soy dueño de Landemer, que es la mejor posesión del país y no sé donde meter el dinero! Y tan cierto como que existo, por mi desgracia, y que me llamo Roguet, daría todo, finca y dinero, por volverlas á ver antes de morir.

Y añadió con ronca voz, bajando el tono, como si temiera despertar á un muerto:

—No, á Magdalena, porque la pobre ya no existe. Se arrojó al mar para ir á reunirse con el otro...

El tío Roguet se detuvo.

Genoveva reflexionaba.

—La rubia se llamaba Juana, en efecto—dijo ella.—Juana Aubin... ¡Podría haber algo de común entre ellas y lo que ese periódico refiere, tío Roguet!

—¿No es verdad?—repuso el viejo con una alegría que iluminó de pronto su rostro.—Esto es lo que ha pensado el maestro de escuela...

que es un buen hombre... La rubia no era su hermana verdadera; pero como no se separaban y se querían tanto, llevarían ambas el mismo apellido: Colette y Juana Aubin. Además, en el país no se las llamaba de otro modo.

Y concluyó diciendo:

—¡Ah! si las encontrara, qué fiesta en Landemer, en la vieja casa.—¡Yo quiero ir á París á enterarme!

Y dirigiéndose de nuevo al capitán Perros:

—Puesto que sois de allí—le dijo,—¿podréis darme informes de ese hospital? ¡El hospital Cochín! No las tratarán mal allí, ¿verdad?

—No tengais cuidado.

—¿Y vos creéis que hay probabilidades, Genoveva?

—Caramba, es muy posible. Confíad en ello, tío Roguet.

Aquel día el aldeano no pidió el vaso de ron ni ningún líquido para aturdirse.

Se volvió á su casa á hacer los preparativos para su viaje, sintiendo que el corazón le decía:

—¡Juana Aubin es la rubia de ojos azules que arrojaste de tu casa, que se pegaba á las faldas de su madre adoptiva para defenderla cuando tú la amenazabas con tus perros!

Y Roguet se irritaba contra sí mismo mientras atravesaba por medio de los campos un sendero entre dos filas de manzanos.

—¡Viejo monstruo! ¡Bruto! ¡Avaro!

Y repetía:

—Si fueran ellas, mi Colette y su hermana la pequeña Juana, ¡qué fiesta en Landemer!

La señorita de Roye permanecía inmóvil en su sitio y muy agitada por lo que acababa de oír.

La parecía entrever confusamente la verdad.

Barfleur está á dos leguas de la Houquette.

Aquella niña rubia, confiada á un pescador, que tendría diez y ocho años, la edad de su hija; aquellas dos hermanas, perdidas desde hacia trece años y que llevaban el apellido Aubin; la

casualidad, que acababa de revelarla una parte de su historia, en el momento en que menos lo pensaba, la lanzaba en un caos de dudas y de presunciones.

El capitán Perros no estaba menos sorprendido que ella de aquella extraña coincidencia, cuyo sentido intentaba comprender.

La dueña de la casa parecía estar al corriente de lo que había pasado.

Podría obtenerse de ella, á no dudarle, alguna aclaración.

Germana y Perros pensaron en esto al mismo tiempo.

—Señora—dijo Germana á Genoveva: ¿me hariais el favor de concederme un momento de conversacion?

—Con mucho gusto—contestó Genoveva.

Ella presentía también que algun misterio, una especie de drama, se desarrollaba en silencio á su alrededor, en su propia casa.

—Venid—dijo la señorita de Roye,—y vos también, Perros.

Genoveva la siguió. Cuando estuvieron sentados alrededor de una mesa, dijo Germana.

—Si no he comprendido mal, lo que acaba de decir ese aldeano es que ha perdido una niña, sobrina suya.

—En efecto, señorita.

—¿En qué año?

—Lo recuerdo perfectamente. En 1870.

—¿Cómo explicais vos esa pérdida?

—Muy sencillamente. La sobrina del tío Roguet se había casado con un pescador á quien amaba. Ese pescador no tenía nada. El tío Roguet quiso impedir ese matrimonio, pero Magdalena Roguet abandonó la casa de su tío y se fué á vivir con el pescador á Barfleur.

—¿El pescador se llamaba Aubin?

—En efecto, Simon Aubin.

—¿Qué fué de ellos?

—Simon Aubin se ahogó una noche. Se dice que no fué por accidente.

—¡Ah!

—La opinion pública acusó á un hombre del país, de haber cortado las amarras de su barca mientras que él pescaba en los Reniers. El desgraciado trató de ganar la costa á nado, pero pereció en el camino.

—¿Por qué ese crimen?

—Magdalena Aubin era hermosa y aquel hombre la cortejaba, sin conseguir nada de ella. Esperaba ser más feliz en sus pretensiones cuando ella no tuviera ya quien la sostuviera.

—¡Eso es horrible!

—¿No es verdad que lo es?

—¿Se conoce á ese hombre?

—Sí—dijo Genoveva con decision;—pero es rico y hace mucho tiempo que pasó eso. Además, no hay pruebas; sin embargo, nadie duda de que las cosas pasaron como os he dicho.

—¿Y la viuda?

—Amaba con locura á su marido. No pudo resolverse á vivir sin él. Entonces llevó á las niñas á casa de su tío, quien las puso á la puerta de la calle. Pasó por aquí, nos dejó á las dos pequeñas y fué á arrojarse al mismo sitio en donde se había encontrado el cadáver del pescador.

—¿Habeis dicho las dos?

—Sí.

—¿Tenía, pues, dos hijas?

—Dos encantadoras niñas: una morena, la mayor, Colette, y otra rubia, Juana, la más joven. Pero solo la mayor era de ella.

—¿Y la otra?—preguntó la señorita de Roye visiblemente agitada.

—La otra era una niña abandonada.

—¿De dónde había venido?

—Jamás se supo. Había en aquel tiempo en Barfleur un viejo sacerdote, el abate Hubert, que vivía en una casa aislada con su ama de gobierno llamada Mariana... Una mañana, un día de una tempestad horrible, cuando salía de su casa para ir á decir misa, encontró á la criatura en una canastilla que colgaba de la puerta de la verja.

—¿Habeis dicho...—preguntó el capitán Perros—que era un día de tempestad?

—¿Y el abate Hubert, qué hizo de ella?—interrogó Germana.

—El abate Hubert no podía criar á la niña, como comprendereis—dijo Genoveva—la llevó á casa de sus vecinos, los Aubin, con una cantidad que habian colocado en el fondo de la canastilla, setecientos u ochocientos francos.... Y una carta que habia tambien en ella. Mariana, la sirvienta, fué quien me contó todo esto.

—¿Y qué decia la carta?

—La escribia una criada, y decia que se volvia á Paris para colocarse; que era muy desgraciada.

—La sirvienta del abate... ¿cómo habeis dicho?

—Hubert.

—¿Vive aún?

—El abate murió hace mucho tiempo, pero Mariana vive. Habita en Canteloup, en casa de unos parientes. Pero no os dará más informes que los que acabo de daros. Lo que os he contado, lo sabe todo el mundo en Barfleur.

El capitán Perros reflexionaba.

—¿Un día de tempestad! ¡Una mañana! Durante un huracán habia sido cuando Struth habia robado la niña de Germana y habia perecido en el mar; pero lo mismo podia haber encontrado la muerte al volver de Barfleur que al intentar ir á él.

—¿Y esa mujer que habia depositado la criatura á la puerta del anciano sacerdote, no ha vuelto á aparecer?—preguntó Germana.

—Jamás.

—¿Que estraña historia!

—Ocurrió como os lo he dicho. Desde entonces las dos niñas de Aubin se criaron sin separarse. Se querian mucho. Yo las conocia bien. Todos los días venian á esta casa á vender la pesca de su padre, se la comprabamos por lo que nos interesaban ellas. En 1870, á la muerte

de su madre, la mayor tenia siete años cumplidos.

—¿Y la otra?

—Unos dos años ménos. ¡Si hubiérais visto qué tristes estaban con sus trajes negros cuando quedaron solas! Los Cloquart, que eran buenas gentes, quisieron encargarse de ellas, pero como una señora muy rica que pasó por aquí quiso llevárselas, creyendo que aseguraban su porvenir, se las dejó marchar. Hubiera sido mejor no haberlas dejado ir. El tío Roguet, no hubiera podido menos de quererlas. Él no es malo, no es más que obstinado. ¡Mucho ha sufrido por su testarudez! ¡Pero le ha sido imposible volverlas á encontrar!

Germana escuchaba, inmóvil, con los ojos fijosen Genoveva, la angustiada historia de aquellas dos huérfanas abandonadas, que no tenian más recursos que la caridad de las gentes.

Poco á poco entraba en su alma la conviccion de que aquella abandonada era su hija.

Casi estaba segura de ello.

—¿Y el señor de Brandes—preguntó—no venia al país en aquella época?

—¡Al contrario, venia con mucha frecuencia!

Laseñorita de Roye se estremeció.

Aquel movimiento fué tan visible, que Genoveva la preguntó con interés.

—¿Qué teneis?

Germana se dominó.

—Nada—dijo.—¿De modo que venia con frecuencia?

—Si, señora, pero ¿no era esto natural? Tenia que cuidar de su posesion...

—¿Y conocia á esas niñas?

—Como todo el mundo.

—¿Las veia?

—Algunas veces y las queria mucho. Y hasta me habia encargado á mí que le avisara si alguna desgracia ocurría á los Aubin.

Germana se puso densamente pálida. Estuvo á punto de desmayarse.

El capitán Perros se inclinó y la dijo al oído en voz baja:

—¡Animos! ¡Dios os salva!

—¿Y cuándo desaparecieron?—preguntó Germana con voz ahogada.

—Se lo escribí; pero estaba en el ejército y no recibí mi carta hasta la conclusión de la guerra.

—¿Y por qué tenía tanto interés por aquellas niñas?

—El no tenía hijos y no quería casarse... Además, no explicaba el por qué.

Las dudas que podía abrigar Germana, desaparecieron una á una.

El barón no había mentido.

Había perdido y vuelto á encontrar á aquella niña.

Una fecha y todo estaba aclarado.

Germana hizo temblando, la suprema pregunta á Genoveva, quien adivinaba ahora lo ocurrido entre Santiago de Brandes y la heredera de Roye.

—¿Se sabe—la dijo—el día en que fué llevada á Barfleur esa niña?

—Sí, señora.

—¿Cómo?

—El abate Hubert la bautizó la misma noche. La partida de bautismo dá fe de ello.

—¿Con qué nombres?

—Juana Barfleur.

—Perros,—dijo la señorita de Roye—¿quereis ir á ver?... Yo no tengo fuerzas para hacerlo.

El coche estaba preparado á la puerta de la posada.

En pocos minutos fué á la iglesia y volvió.

—¿Qué hay?—preguntó Germana.

El Breton la cogió la mano, y pálido de emoción, la dijo:

—El diez y seis de setiembre de mil ochocientos sesenta y cuatro.

Y añadió más bajo:

—¡Vuestro corazón no os engaña; es vuestra hija!

## VIII

## Calle Vizconti

El señor Pescheux era un notario activo, exacto y positivo.

No desperdiciaba ni sus pasos, ni sus gestiones: iba derecho y seguro al fin.

Adoraba los honorarios; pero ganaba lealmente su dinero.

Era muy honrado en sus funciones; honrado como no se es ya en nuestra época. Triste es confesarlo; pero es necesario ser sincero... algunas veces.

El señor Pescheux no había perdido el tiempo. Se había propuesto probar á Urbano Salvador que su situación era falsa en extremo, porque su conducta había sido un poco dudosa.

El Brasileño, impresionado ya por los acontecimientos; la herida de Juana Barfleur; su propia aventura con los dos Malvados de Montiers y la sorpresa de su secreto por Colette Aubin, tuvo miedo y propuso él mismo un arreglo que fué aceptado sin discusión.

El señor Pescheux había manejado el asunto con destreza.